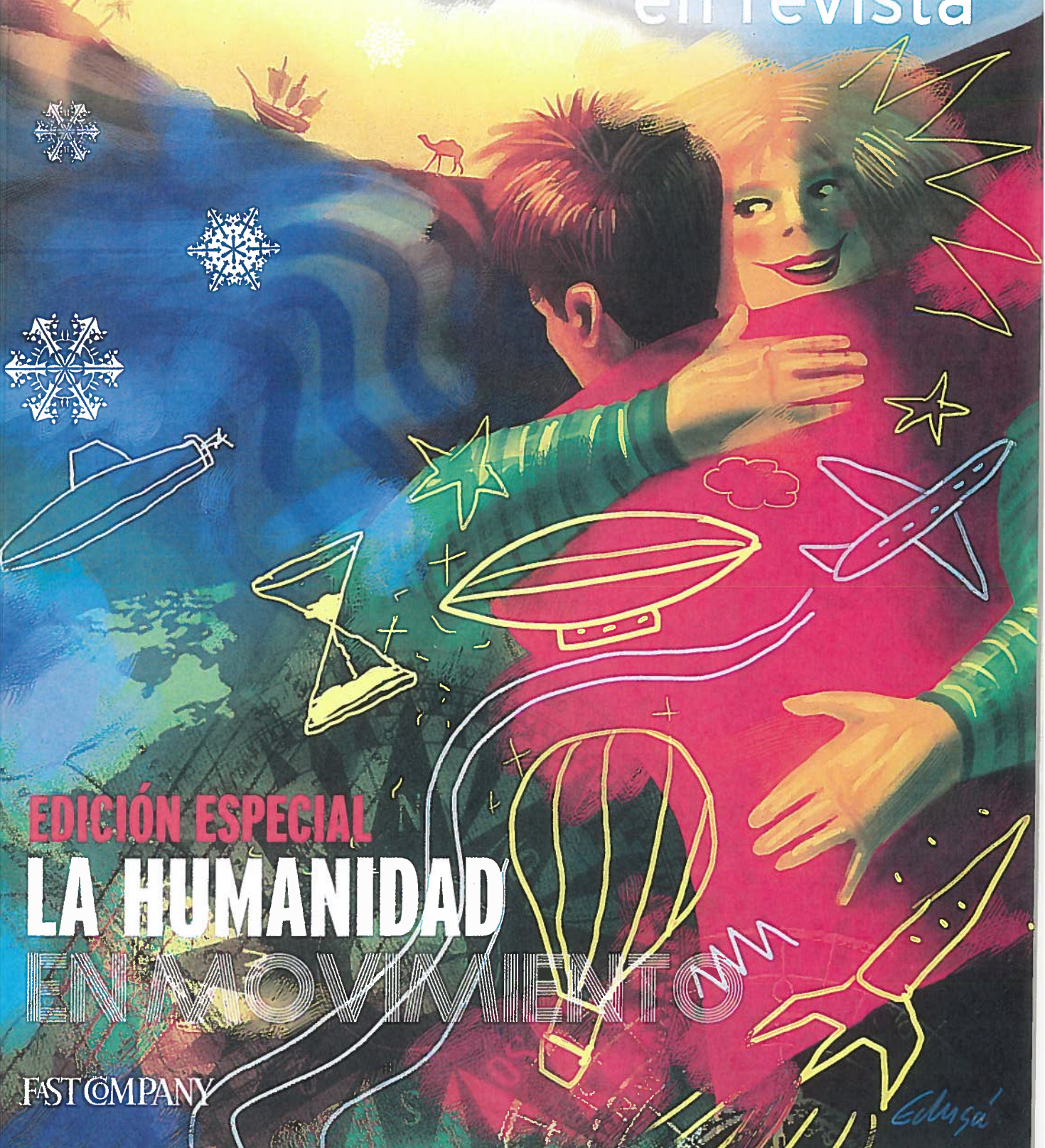


No. 81 Diciembre de 2011

Avianca

ISSN 1699-261

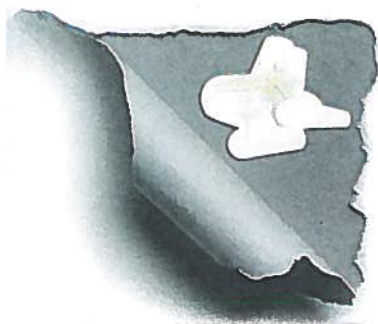
en revista



EDICIÓN ESPECIAL
LA HUMANIDAD
EN MOVIMIENTO

FAST COMPANY

Edusa



ASCENSOR hacia el ABISMO

A la una de la tarde del 23 de enero de 1960, el oceanógrafo Jacques Piccard y el teniente Don Walsh descendieron hasta lo más profundo del océano en un batiscafo llamado Trieste. A 11 kilómetros de profundidad y bajo miles de toneladas de presión, conquistaron el punto del planeta más desconocido y temido por nuestra especie.

TEXTO: DANIEL QUIRÓS
ILUSTRACIÓN: PEDRO COVO

“Noche de los mares, dime si tu escarpada cabellera cubre toda la soledad, si es infinito este espacio de sangre y de praderas”.

Pablo Neruda

Todos tenemos algún miedo secreto. El mío tendría que ser flotar a la deriva sobre las profundidades anónimas del mar, suspen-

dido entre una oscuridad densa, sin fondo concebible. A mi alrededor, en todas las direcciones, no habría nada, solo ese abismo líquido, carente de tiempo, principio o fin. No soy el único. Dé hecho, a través de la historia de la humanidad, las profundidades del mar siempre han funcionado como una proyección extraña de nuestra ansiedad colectiva, de nuestro miedo ante lo desconocido.

En el *Libro de Job*, por ejemplo, aparece el Leviatán, una inmensa

bestia marina asociada con Satanás, para algunos también el guardián de la entrada al infierno. La mitología escandinava creía que el Kraken, una criatura en forma de pulpo gigante, podía arrastrar barcos enteros y sus tripulaciones hacia las oscuridades más recónditas del mar. Incluso hoy día, las regiones más profundas del océano —más allá de los 6.000 metros— son conocidas como las zonas hadales, en referencia a Hades, el dios griego del inframundo. Sin duda hay





algo de horror en el descenso, en la profundidad, como si al bajar entráramos no solo al lugar más olvidado de la Tierra, sino también al sitio más oscuro de nosotros mismos. En fin, pareciera que todas nuestras pesadillas residen en el descenso.

Se podría decir entonces que, el 23 de enero de 1960, el oceanógrafo Jacques Piccard y el teniente Don Walsh descendieron en la nave Trieste a alguna versión de nuestro infierno. Ese día, a la 1.06 p.m., estos dos hombres tocaron fondo a más de 10.900 metros en el abismo Challenger, el punto más profundo sobre el planeta Tierra. En un espacio de uno por dos metros, a 11 kilómetros de la superficie del mar -2.000 metros más profundo de lo que el Everest es alto- los dos tripulantes se dieron la mano a manera de felicitación, concluyendo así la búsqueda por esclarecer las incógnitas de las profundidades. Afuera la temperatura del agua era de dos grados centígrados, y sobre ellos gravitaban más de 200.000 toneladas de presión.

El descenso al abismo Challenger fue la culminación del Proyecto Necton, una serie de inmersiones completadas por la nave Trieste alrededor de la Fosa de las Marianas en el Pacífico noroccidental -al sudeste de las islas Marianas, cerca de Guam- entre finales de 1959 y principios de 1960. Sin embargo, los orígenes y la posibilidad de este proyecto datan de años atrás, a los esfuerzos del físico y explorador suizo Auguste Piccard (padre de Jacques) por diseñar un batiscafo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Un batiscafo es un

Las regiones más profundas del océano son conocidas como las zonas hadales, en referencia a Hades, el dios griego del inframundo.
 In reference to Hades, the greek god of the underworld, the deepest ocean regions are known as the hadal zone.

pequeño vehículo de inmersión profunda no muy diferente a un submarino, pero específicamente diseñado para soportar la enorme presión del agua a grandes profundidades. Está compuesto de una cabina similar a la de una batisfera —una esfera fabricada en acero con una mirilla de observación— suspendida bajo un depósito lleno de algún líquido (usualmente gasolina) que sea más ligero que el agua y permita la flotabilidad. Para sumergirse, varias toneladas de hierro se adjuntan a la nave. Estas luego son liberadas al volver a la superficie.

Los esfuerzos de Piccard padre culminan en una serie de batiscafos: el FNRS-2, el FNRS-3 y, finalmente, el Trieste en 1953. Los distintos proyectos fueron apoyados por el gobierno suizo y la armada francesa, luego el Trieste sería adquirido por la armada estadounidense en 1958. El proyecto Necton, entonces, nacería como una necesidad por explorar lo desconocido y conquistar una de las últimas fronteras sin intervención humana. Aunque esta 'conquista' tuvo en plena Guerra Fría una resonancia ideológica bastante concreta, es imposible ignorar la pregunta mayor implícita en esta empresa: ¿por qué?, ¿qué hace a un ser humano descender casi 11 kilómetros bajo la superficie del mar al lugar más oscuro, más desconocido, y tal vez más peligroso del planeta Tierra?

Solo hace falta imaginar el viaje. Según Piccard, el día amaneció nublado y ominoso. El mar estaba picado, el cielo gris y el viento alto. Los dos hombres debían bajar a la diminuta batisfera mientras la nave era sacudida por olas encrespadas. Luego, estarían confinados al espacio claustrofóbico por casi cinco horas, en caída libre a la misma velocidad que un ascensor. A las 9.20 a.m. habrían pasado los 730 metros y se extinguiría la luz. El frío empezaría a penetrar la nave y se escucharían sonidos extraños, sin fuente conocida. Varias goteras se abrirían en la cabina. A los 6.000 metros habrían sobrepasado el piso del océano Pacífico y entrarían al

abismo Challenger: las zonas hadales. Poco después de las 11.30 a.m. alcanzarían los 8.200 metros, y a las 11.44 a.m. la altura del monte Everest en inversa. Cerca del mediodía, a los 9.800 metros, escucharían la explosión de la ventanilla de plástico de la antecámara, sin esperanza de sobrevivir si algo les pasara bajo las miles de toneladas de presión. Finalmente, pocos minutos después de la una de la tarde, el descenso de 11 kilómetros en ascensor habría terminado.

Hay algo de horror en el descenso, como si al bajar entráramos no solo al lugar más olvidado de la Tierra, sino también al sitio más oscuro de nosotros mismos. There is some horror in the descent, as if coming down would not only mean a descent into the earth's most forgotten place, but also to the darkest place within our own selves.

¿Y qué vieron estos hombres a esas profundidades? ¿La entrada al infierno? ¿Bestias marítimas sin nombre? ¿Horrores imposibles de describir a seres terrestres? Piccard relata que vio algún tipo de pescado plano, de unos 30 centímetros. Después un camarón rosado. Esperaron veinte minutos, muertos de frío, comiendo barras de chocolate Hershey's. Luego volvieron a la superficie. Ya no quedaba lugar en la Tierra que resistiera la entrada del ser humano. Se había descendido al silencio más grande y, ahí abajo, se había encontrado vida. ¿Y los monstruos? Esos solo seguirían existiendo dentro de nosotros mismos.